



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 7 DE ENERO DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

## Regalos de Día de Reyes

INTRODUCCIÓN

OLGA DE LEÓN G.

Como todo cambio, el Nuevo Año ha traído sorpresas agradables y a su vez, algunas incomodidades. Para una servidora, los primeros días de 2024 también arribaron con un dolor en el brazo derecho que me ha impedido escribir esta semana. Por ello, mi hijo ha preparados dos cuentos.

HACIA UNA NUEVA ESTÉTICA PROBABLE  
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Estacionamos la camioneta en la calle empedrada, junto a la banquetta. Descendimos los cuatro. Oralía introdujo la llave en el candado que, junto con el sonido de un clic, abrió. Sacó la cadena de un lado del portón para pasarla al otro y luego metió el brazo entre los barrotes para deslizar el ancho pasamanos que cerraba desde adentro. Luego elevó el pasador de piso y las puertas abatibles se abrieron para dejarnos pasar. A la izquierda del doble camino se encontraba una alberca de cinco metros de largo por tres de ancho y que, en su parte más profunda, alcanzaba el metro y medio. Se hallaba tapada por una lona azul de plástico. Llegamos al porche, con tres metros de profundidad y cinco de largo, de mosaico rojo y alumbrado tenue. Fernando introdujo la llave en la puerta de vidrio y luego de varias vueltas de muñeca, la corrió a un lado. Encendimos la luz de la cocina y se alumbró parte de la sala. De la recámara que yo ocupaba al fondo de la casa, absorbida en oscuridad, apareció mi perrita: una schnauzer miniatura, gris como niebla de invierno, compañera en noches solitarias, fiel como la lluvia y el trueno para mis momentos de tristeza. La observé que venía tambaleándose. Se quedó quieta cuando comencé a caminar hacia ella. Me arrodillé para acariciarla y la encontré temblando, con la cabeza hinchada. "¡Un alacrán picó a Violeta!", le dije a mis tíos en voz alta, tratando de no perder la razón. "¿Cómo?", gritó Fernando. "Tranquilo", dijo Oralía acercándose para examinarla. Tocó aquí y allá con sus dedos de doctora, para luego decirme: "Tenemos media hora para inyectarla; vamos a buscar una farmacia". Nos encontramos a veinte minutos de la ciudad.

Yo había llegado a Oaxtepec esa misma mañana. Mis tíos llevaban un día completo ahí. Luego de mi viudez, esa perrita era el único corazón con cola y patas, dentro de esta realidad, que latía honestamente al verme llegar a casa. Ese animalito le daba paz a mi corazón y abrigaba mi soledad. Lastimarla a ella, era como lastimarme a mí. Tenía la capacidad para sufrir. ¡Ingenuo el solitario que siempre tiene compañía y que por ello: no se siente solo! Desdichado aquel a quien la compañía lo encadena. Capaz es un padre de maldecir al hijo; pero no así: el verdadero amo a su mascota. Animal fiel y verdadero... así era mi perrita.

Fernando condujo su camioneta con la rapidez de un bólido. "Entrando a Cuautla hay una farmacia", dijo mientras viajábamos por la autopista. Íbamos por un camino solitario donde los faroles dejaban caer su larga sombra amarilla,



mientras las líneas blancas de la carretera se nos escondían a toda prisa por debajo de las llantas.

Cuando entramos a la ciudad, pudimos ver a lo lejos las luces neón anunciando el lugar: FARMACIA. Fernando desaceleró un poco. Más al acercarnos, descubrimos que las cortinas de metal estaban corridas. Habían cerrado. Pasaban las nueve de la noche.

Eran tiempos en los que la telefonía con internet no existía. Continuamos derecho. Oralía se tronaba los dedos de la mano: intentaba recordar dónde habría otra botica. Le daba direcciones a Fernando cuando Violeta comenzó a jaderar y a gemir muy fuerte. Ya se le dificultaba la respiración y su cabeza había crecido aún más. "¡Da vuelta aquí!", dijo Oralía estrepitosamente. Fernando giró el volante e inmediatamente vimos el anuncio: "Farmacia abierta las 24 horas". Bajé de prisa. Me adelanté en la fila de cuatro personas y avisé que tenía una emergencia. "¿Qué necesita?". La farmacéuta trajo antídoto y jeringa. "¡Apíquelas y ahorita me paga".

Oralía preparó la solución mientras Frida sostenía a Violeta en el asiento de la camioneta. La perrita intentaba jalar aire con dificultad, con la lengua intoxicada de fuera. Cuatro minutos tardó el animalito en dejar de acezar con fuerza y dos minutos después, bajó la hinchazón de todo su cuerpo. Para cuando regresé de pagar en ventanilla, la perrita ya no temblaba.

Emprendimos el camino de regreso, con calma, con mucha calma. Por mi parte, dando gracias a Dios por no volver a quedarme solo.

En el camino de regreso, iba reflexionando sobre esta historia. Yo no escribía por aquellos tiempos, aún no. Y aquello no había sido una tragedia; tampoco una comedia. Menos una tragicomedia. Al

final no podía llorar por lo sucedido; ni tampoco reír por lo vivido. Era, más bien, un relato que pertenecía a un nuevo género: definitivamente dubitativo pensaba en algo sobre lo que no se podría reír, ni tampoco llorar. Ni absurdo; ni cruel. Finalmente: ¿pleno gozo?

UN POCO TARDE

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Me sentí culpable porque Ricky seguía mis consejos y yo le dije que esa historia que nos había contado: no era motivo para cortar a su novia. Una chica muy atractiva que vivía fuera de la cuadra. "No se justifica". Lo recuerdo bien. Éramos alumnos universitarios, cerca de los dieciocho años. Nos reuníamos los viernes y sábados por las noches a beber unas cervezas y, ocasionalmente, lo hacíamos en la cochera de una casa abandonada, en la misma cuadra. Así solía ser durante los inviernos, cuando el frío y su viento arrasaban con nosotros en mitad del parque y lloviznaba cuajándonos la sangre. A esa edad y bajo esas circunstancias, rápido en beber y charlar, me sentía con la capacidad de dar sermón con la confianza y presentimiento de que, aunque no lo supiera todo, contaba con capacidad de ofrecer la verdad a mis amigos y derrumbar sus miedos para que a ellos... el miedo no los congelara en el camino.

No recuerdo exactamente de qué más platicábamos en ese momento. ¿De los moteles donde cada uno solía meterse con su novia para hacer el amor? ¿Del sabor de los duraznos en primavera? ¿De las atolondradas golondrinas sin sus nidos? No lo sé, exactamente, pero Ricky confesó su amargura. Había hecho el amor con su amada, descubriendo que ella no era virgen, sino que había estado con alguien más, antes que él. La edad

exacta de lo ocurrido era ciertamente una desdicha para el juzgar de un adolescente, pero solo una tontería bajo juicio de un adulto.

Lo envalentoné. Era de cobardes abandonar así. Siguió el consejo y se le vinieron unos años de gozo sin igual... Belleza de curva oculta y angular; pechos sórdidos de miel entre montañas... En fin: no hay metáfora útil para un servidor, quien ha dejado ya la adolescencia. Me disculpo por esta falta literaria. No es el joven, sino el adulto atrapado en su presente.

Corrieron los años, dejé la ciudad y un día volví para enterarme: Ricky se casaba. Pero no con aquel amor de juventud; sino con uno nuevo. ¿Qué había pasado? Aquella primera chica lo había engañado en pleno noviazgo. Cuchillada helada, demonio de Tasmania, Piolín hambriento que se come al lindo gatito. Ni hablar. ¿Y el matrimonio? Resultó que la traicionera exnovia se casaba con el maltrecho hombre traicionero... ¿La respuesta? Ricky regresó la venganza con saña de caballeros: Se acostó con la prometida una vez más, como auténtico final de despedida... ¡Uf!... Descubrió que aquello no curaba.

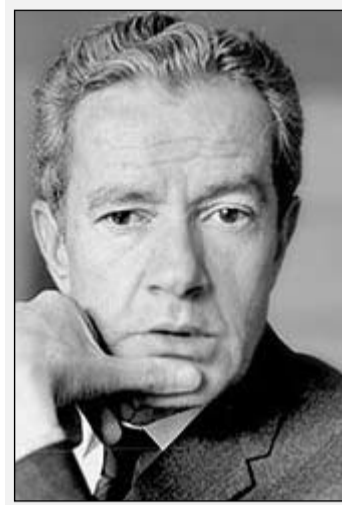
Así es que con el dolor colgándole por el costado, Ricky fue y se metió a los antros que pudo con el fin de ahogar en copas su dolor y se le declaró, uno de esos días, a la primera mujer que le atrajo. A los dos meses de conocerla, le propuso matrimonio. Le compró una casa donde vivirían su compromiso, cortando el futuro de su despacho de abogados. Tal cual, fue de lo que me enteré ante mi primer viaje de regreso a la ciudad. Decidí, acertadamente, no dar consejos esta vez.

Volví a mis labores fuera de la ciudad hasta que, un par de años después, recibí llamada de él. Ellos, como pareja, tuvieron que visitar al doctor. Sintomas un tanto preocupantes le aparecieron a su mujer y él, de ninguna manera le permitieron atenderlos sola. Completaron exámenes de sangre, radiografías y ecografías. Los resultados no dejaron lugar a dudas. El doctor les dijo, con una mirada temerariamente seria, pero también con una sonrisa de lado a lado: "Señores, los felicito; van ustedes a ser padres". Ricky comenzó la lotería de llamadas telefónicas, hasta que se topó con mi número y una vez enterado y entusiasmado, lo felicité.

Al mes volvió a marcar. "Fuimos a los exámenes de sangre, radiografías y ecografías y al final, el doctor nos dijo: Señores, los felicito, no es uno, sino dos los hijos que van a tener". Abracé a mi amigo con cariño a través del celular.

Al mes, Ricky volvió a marcar. Exámenes de seguimiento: sangre, radiografías y ecografías. "El doctor nos dijo: los felicito, no son dos, sino tres los hijos que van a tener". Abracé a mi amigo con cariño a través del celular y pensé en el tema económico, en si debía o no darle mi consejo. "Vaya, no voy a callar". Y le comenté: "Te recomiendo que ya no vayas con el ginecólogo, Ricky, no vaya a ser que a la próxima te diga que van a ser cuatro".

Felices, trillizos tuvieron. Luego cancelaron la paridera de hijos y se dedicaron al puro gozo; que es gozo puro.



Juan Rulfo

(Apulco, Jalisco, 1917 - Ciudad de México, 1986) Escritor mexicano. Un solo libro de cuentos, El llano en llamas (1953), y una única novela, Pedro Páramo (1955), bastaron para que Juan Rulfo fuese reconocido como uno de los grandes maestros de la narrativa hispanoamericana del siglo XX. Su obra, tan breve como intensa, ocupa por su calidad un puesto señero dentro del llamado Boom de la literatura hispanoamericana de los años 60, fenómeno editorial que dio a conocer al mundo la talla de los nuevos (y no tan nuevos, como en el caso de Rulfo) narradores del continente.

Nacido en Apulco, en el distrito jalisciense de Sayula, Juan Rulfo creció entre su localidad natal y el cercano pueblo de San Gabriel, villas rurales dominada por la superstición y el culto a los muertos, y sufrió allí las duras consecuencias de las luchas cristeras en su familia más cercana (su padre fue asesinado). Esos primeros años de su vida habrían de conformar en parte el universo desolado que Juan Rulfo recreó en su breve pero brillante obra.

En 1934 se trasladó a Ciudad de México, donde trabajó como agente de inmigración en la Secretaría de la Gobernación. A partir de 1938 empezó a viajar por algunas regiones del país en comisiones de servicio y publicó sus cuentos más relevantes en revistas literarias. En los quince cuentos que integran El llano en llamas (1953), Rulfo ofreció una primera sublimación literaria, a través de una prosa sucinta y expresiva, de la realidad de los campesinos de su tierra, en relatos que trascendían la pura anécdota social.

En su obra más conocida, Pedro Páramo (1955), Juan Rulfo dio una forma más perfeccionada a dicho mecanismo de interiorización de la realidad de su país, en un universo donde cohabitan lo misterioso y lo real; el resultado es un texto profundamente inquietante que ha sido juzgado como una de las mejores novelas de la literatura contemporánea.

El protagonista de la novela, Juan Preciado, llega a la fantasmagórica aldea de Comala en busca de su padre, Pedro Páramo, al que no conoce. Las voces de los habitantes le hablan y reconstruyen el pasado del pueblo y de su cacique, el temible Pedro Páramo; Preciado tarda en advertir que en realidad todo los aldeanos han muerto, y muere él también, pero la novela sigue su curso, con nuevos monólogos y conversaciones entre difuntos, trazando el sobrecogedor retrato de un mundo arruinado por la miseria y la degradación moral. Como el Macondo de Cien años de soledad, de Gabriel García Márquez, o la Santa María de Juan Carlos Onetti, la ardiente y estéril Comala se convierte en el espacio mítico que refleja el trágico desarrollo histórico del país, desde el Porfiriato hasta la Revolución Mexicana.

Desde el punto de vista técnico, Pedro Páramo se sirve magistralmente de las innovaciones introducidas en la literatura europea y norteamericana de entreguerras (Proust, Joyce, Faulkner), línea que en los años 60 seguirían Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Ernesto Sábato, Carlos Fuentes y otros autores del Boom. De este modo, aunque la novela se plantea inicialmente como un relato en primera persona en boca de su protagonista, pronto se asiste a la fragmentación del universo narrativo por la alternancia de los puntos de vista (con uso frecuente del monólogo interior) y los saltos cronológicos. Rulfo escribió también guiones cinematográficos como Paloma herida (1963) y otra excelente novela corta, El gallo de oro (1963). En 1970 recibió el Premio Nacional de Literatura de México, y en 1983, el Príncipe de Asturias de las Letras.

*ad pèdem literae*

*Justicia sin misericordia es crueldad.*

*Santo Tomás de Aquino*

**Letras de buen humor**

*Nos salvamos juntos o nos hundimos separados*

*Juan Rulfo*

Javier García-Galiano

## Oráculos

En principio de año también parecen imponerse los oráculos. Después de los recuentos incipientemente nostálgicos de la noche de San Silvestre, se suceden los "buenos deseos" y los "propósitos de Año Nuevo".

En diversos lugares todavía persisten ferias que, durante varios días, celebran el fin de un año y la llegada de otro, según el calendario gregoriano, aunque las campanas señeras que marcan esa medianoche suenan en otro tiempo en Europa y en las Islas Británicas, en Groenlandia y en América, en Times Square, en Manhattan, y en Los Ángeles, en Veracruz y en Buenos Aires.

Entre el carrusel de los caballitos, los desgastados juegos mecánicos, los puestos de dulces: algodones, máganos, cacahuates garapiñados, gorditas de La Villa; entre la mesa de la lotería, las barracas del tiro al blanco, de la Mujer Araña, que se quedó "así por desobedecer a sus padres", todavía puede encontrarse el de una adivinadora.

Ciertas historias que pueden parecer legendarias sugieren que se trata de mujeres arcanas, que, detrás de una cortinita, viven de artilugios misteriosos, de yerbas milagrosas, de ajos, de incienso y sahumerios. Entre esos artilugios, la bola de cristal no resulta el menos revelador, pero también recurren a las cartas, el café, a la lectura de la mano para adivinar el pasado y predecir el futuro de perplejos y curiosos temerosos de su destino. Con frecuencia son gitanas no siempre avejentadas, cuyas sentencias pueden interpretarse como una amenaza.

En ciudades que cada vez se asemejan

menos a ellas mismas, apenas subsisten estudios como el del profesor Jaime Karín, el personaje de "En la palma de tu mano", el film de Roberto Gavaldón con argumento de Luis Spota, quienes escribieron el guión con José Revueltas, el cual estaba en la calle García Lorca, desaparecida en el terremoto de 1985, en el centro de lo que era el Distrito Federal, en el que en una decoración de signos, geometrías, esculturas intimidatoriamente misteriosas practicaba la estafa astrológica, el ocultismo, las artes psíquicas, el chantaje, la seducción. Algunos oficiosos sobreviven en cafés inverosímiles por medio de la lectura obviamente del café, del Tarot, de las líneas de la mano...

El "tratado ó fermocinación de los Astros: la facultad que discurre y trata de las influencias y predicción de lo venidero"; define el Diccionario de Autoridades a la Astrología. "Divídese en dos partes: la que solo se emplea en el conocimiento de las influencias celestes para observaciones de cosas naturales: como cortar la madera en ciertas lunas para que no se carcoma, y otras cosas semejantes, tiene el nombre de Astrología natural, y es lícito usar de ella: la que quiere elevarse a la adivinación de los casos futuros y fortuitos se llama Astrología judiciaria, y ella en todo ó la mayor parte es incierta, ilícita, vana y supersticiosa. Es voz Griega".

La astrología judiciaria ha derivado en un género literario que, según Manuel María Pérez, Leonardo da Vinci y Rabelais, "al parecer cultivaron (...) con buen instinto poético". En 1718, Diego de Torres Villarroel, conocido como "Gran Piscator de Salamanca", pub-



licó "Ramillete de astros", el primero de los almanaques que lo harían popularmente célebre y adinerado. En el de 1742 advertía al lector: "Dios te perdone los desatinos que me has hecho escribir".

Aunque en 1726 el protomédico Martín Martínez imprimió "Juicio Final de la Astrología", no se requiere mayor suspicacia para percatarse que ese género peculiar mantiene su popularidad lucrativamente.

Un presagio puede infundir temor. Hay quien conjetura que los presagios se cumplen porque se cree en ellos y, por eso, terminan determinando a quienes creen en ellos, que terminan comportándose conforme a esa predicción. Los antiguos griegos, se sabe, acostumbraban acudir a esos lugares sagrados que eran los oráculos, donde sacerdotes respondían enigmáticamente a incertidumbres

venideras. Algunos, como Edipo, según la tragedia de Sófocles, intentaban rehuir al destino que se adivinaba en él, sin comprender que su evasión era parte de su destino, como el joven jardinero persa, escribió Jean Cocteau, que le pide a su príncipe que "quisiera estar en Ispahan" porque esa mañana se había encontrado a la muerte. "El bondadoso príncipe le presta sus caballos. Por la tarde, el príncipe se encuentra a la muerte y le pregunta:

"-Esta mañana ¿por qué has hechos a nuestro jardinero un gesto de amenaza?

"-No era un gesto de amenaza -le responde- sino un gesto de sorpresa. Pues lo veía lejos de Ispahan esta mañana y debo tomarlo esta noche en Ispahan".

Feliz año 2024...